

# Constitución disciplinaria e identidad nacional en los inicios de la historiografía chilena

Antonio Sáez Arance

“Por la honrosa excepción en América del Sur”. Con este halagador brindis, pronunciado con motivo de un acto público en Valparaíso, en 1852, el publicista y político argentino Juan Bautista Alberdi sintetizaba una interpretación de la realidad política chilena, cuyas consecuencias perviven hasta el día de hoy (Collier 1993: 1).<sup>1</sup> Alberdi, como otros muchos latinoamericanos de su época, venía a constatar la excepcionalidad de un incipiente Estado nacional chileno que había hecho del “orden” y la estabilidad política piedras angulares de su autoconciencia colectiva.<sup>2</sup> Y de hecho, una comparación superficial con la peripecia histórica de los países de su inmediato entorno confirma la existencia a mediados del siglo XIX de un desarrollo diferencial chileno, marcado por el temprano establecimiento de un sistema de gobierno constitucional, la virtual ausencia del fenómeno del caudillismo, la rápida consecución de un alto grado de vertebración nacional dentro de las fronteras estatales y, *last but not least*, la consolidación de una posición estratégica de cara al exterior, que explicaría los notables éxitos militares posteriores a 1850 (Collier/Sater 2004). Fueron los mismos propagandistas de las bondades del modelo político chileno los que, ya durante el siglo XIX, se esforzaron en enunciar las causas de esta situación presuntamente ventajosa. La naturaleza y la historia habrían colocado a la joven república en un lugar de salida verdaderamente privilegiado: Chile era, a la altura de 1830, un país de tamaño y densidad poblacional aún “manejables”, sin graves contradicciones en su composición étnica y bien articulado territorialmente en torno a Santiago y los núcleos urbanos circundantes del Valle Central. La conflictividad social parecía

---

1 Los antecedentes históricos de este tipo de discursos identitarios en Chile y Argentina son objeto de un proyecto colectivo de investigación titulado *Integration, Exklusion, Exzeption: Nationalidentitätsdiskurse und gesellschaftliches Selbstverständnis in Chile und Argentinien (1780-1950)*, realizado en la Universidad de Colonia y financiado por la Deutsche Forschungsgemeinschaft.

2 Véanse Collier (2003: 145-149); Schneuer (2004: 47-49); Jocelyn-Holt (2005); San Francisco (2009); Sagredo Baeza (2009: 55-57).

quedar restringida a luchas faccionales de “baja intensidad” entre las élites criollas, mientras una estructura económica predominantemente agraria soportaba bien las tensiones asociadas al cambio político provocado por la independencia. Para completar el catálogo de diferencias con los países vecinos, la vida pública chilena, considerada en su conjunto, acreditaba por esta época la vigencia de un sentimiento de pertenencia, de una identidad protonacional (“chilenidad”) aparentemente superior y más homogéneamente repartida que entre los vecinos andinos o rioplatenses (Krebs 1984: 110-112).

Tras un periodo relativamente breve de pruebas y sensación de desgo-bierno, el nuevo orden político chileno, conforme a este consenso publicístico –y con el tiempo también historiográfico– que venimos describiendo, habría cristalizado en la Constitución de 1833, la cual, aun incorporando los principios liberales en términos de garantía de derechos y división de poderes, ciertamente instauró un régimen fuertemente autoritario y centralizador, con un cúmulo de atribuciones presidenciales que, a la postre, venían a representar casi una continuidad con la praxis monárquica de la época colonial. Bien conocida a este respecto es la influencia ejercida por el ministro Diego Portales, con su idea de un gobierno fuerte e impersonal, fundamentado, al menos programáticamente, en la virtud de servidores públicos atentos solamente al imperio de la ley (Kinsbruner 1967; Jocelyn-Holt 1999; Villalobos 2005). Quedaba así firmemente instalada en la vida política la preponderancia de los principios de autoridad e institucionalidad, unos principios que habrían de informar, por encima de diferencias resueltas en ocasiones mediante el recurso a la violencia, la historia nacional chilena hasta bien entrado el siglo xx (Portales 2004). En síntesis, a lo largo del itinerario histórico chileno, el principio de legalidad habría sido una de las bases fundamentales sobre las que se levantó un modo de concebir y un modo de ejercer el poder político, y ello también incluso en momentos de quiebra del orden constitucional.<sup>3</sup>

El metarrelato autocomplaciente generado en paralelo al proceso de construcción nacional se fundamenta en buena medida hasta la actualidad en la constatación sistemática de esta excepcionalidad y en su proyección

---

3 No es casualidad que Diego Portales se convirtiese en referente principal de los intentos de institucionalización y búsqueda de cobertura legal emprendidos por el régimen militar a finales de la década de 1970. Y tampoco lo es que la continuidad entre Portales y Pinochet haya sido objeto de afirmación historiográfica en la misma época. El principal ejemplo es Bravo Lira (1985).

sobre el análisis de la propia historia. ¿Dónde se ubican sus causas? ¿Cómo ha de entenderse su supuesta continuidad a lo largo del periodo republicano? Serían la naturaleza y la historia, se subraya, las que explicarían al alimón la excepcionalidad chilena. El recurso a la singularidad geográfica como elemento de justificación (situación insular entre océano, desierto y cordillera, frecuentes terremotos) hunde sus raíces en la época colonial y encuentra su apoteosis en el contexto del movimiento independentista, durante el cual se diseña una simbología nacional, cada una de cuyas manifestaciones (bandera, escudo, himno) contiene referencias a la especificidad de la geografía y la naturaleza chilenas (Krebs 1984; Sagredo Baeza 2009: 50-52). En los años fundacionales de la República, la misma conciencia sobre la existencia de una nación chilena y su potencial político se remite en primera instancia a la realidad espacial del país. En el sermón de instalación del primer Congreso Nacional, en 1811, Camilo Henríquez, ideólogo independentista y fundador de la *Aurora de Chile*, el primer periódico nacional, llegará a justificar la autodefinición de Chile como nación en que “todo se ha reunido para aislarlo; todo lo impele a buscar su seguridad y su felicidad en sí mismo” (1960: 54). El tono organicista y el substrato de determinismo geográfico se inscriben en un contexto fundacional en el que la conciencia nacional se relacionaba íntimamente con las peculiaridades de la geografía chilena, y el concepto de patria se asociaba sobre todo a la existencia de límites territoriales definidos, en cuyo interior se presuponía la vigencia de una elemental uniformidad política (Collier 1967: 209-210).

Pero entre tanta geografía, ¿dónde quedaba la Historia? La fundación de la República fue percibida lógicamente por los contemporáneos como una ruptura con la legitimidad anterior, lo que explica en cierta manera un transitorio desinterés por el pasado en beneficio del “constructivismo” que inspiraba los primeros pasos del nuevo Estado nacional (Stuven 2000: 221-222). Así, mientras seguían permaneciendo inéditas la mayor parte de las relaciones, crónicas y ensayos históricos producidos en la fase final de la Colonia (las obras del abate Juan Ignacio Molina (1740-1829)<sup>4</sup>, del soldado cántabro José Antonio Pérez García (1726-1814)<sup>5</sup> o el también militar

4 Su principal obra, escrita durante su exilio en Italia y publicada originalmente en la lengua de ese país, es el *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*.

5 José Antonio Pérez García fue autor de la primera *Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile en su descubrimiento, conquista, gobierno, población, predicación evangélica, erección de catedrales y pacificación*, publicada en dos volúmenes en el marco

valdiviense Vicente Carvallo y Goyeneche (1740-1816)<sup>6</sup>), hubo que esperar hasta la década 1830-1840 para constatar los inicios de una historiografía chilena propiamente dicha. Objeto de este artículo es explorar en qué medida y de qué forma el surgimiento, en torno a 1840, de una disciplina histórica formalizada e institucionalizada condicionó el desarrollo de los discursos identitarios descritos más arriba, y en concreto la ficción de una “excepcionalidad” política chilena cifrada en el imperio del orden y la legalidad. El caso chileno ilustra de manera especialmente perfecta en qué medida la validación disciplinaria de una “ciencia” histórica constituye un paso relevante en el proceso de construcción de la identidad nacional. En Chile no sólo se verifica, de modo análogo a los países europeos y al resto de las incipientes repúblicas iberoamericanas, la institucionalización académica de la Historia como “ciencia de legitimación nacional” (Mattioli 1996; Leersen 2006). Más allá de esto, la historiografía autodenominada “científica” acaba ocupando un hueco privilegiado en el universo cultural de la *chilenidad*. No en vano la categorización de Chile como “país de historiadores” deviene en lugar común previo a la alusión tópica al “país de poetas” de Huidobro, Mistral y Neruda. Y ello no sólo por el indudable peso de historiadores individuales dentro de la comunidad (miembros del Parlamento, candidatos a la Presidencia de la República y en general altos cargos civiles y eclesiásticos), sino también por el acomodo de la historiografía en el canon literario nacional (González-Stephan 2002; Carrillo Zeiter 2011) y la intención declarada de sus representantes de participar activamente, de las formas más diversas, en la vida pública (Woll 1982).

A la hora de caracterizar esta naciente historiografía, es necesario subrayar su fijación en los aspectos políticos, militares e institucionales de la realidad chilena y su horizonte fundamentalmente aristocrático. La supuesta alta calidad metodológica de la investigación histórica chilena, en la que se suele insistir en comparación con historiografías vecinas, se fundamentaba en su decidido “positivismo”, en el sentido de la concentración absoluta en el “hecho”, investigado conforme al método crítico-filológico. Los grandes nombres de la historiografía decimonónica chilena, Diego Barros Arana (1830-1907), Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui Aldunate (1828-1888 y 1830-

---

6 de la *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*. Su *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile* se publicó en tres volúmenes en la *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*.

1899, respectivamente), Crescente Errázuriz Valdivieso (1839-1931) y José Toribio Medina (1852-1930), destacan precisamente por su erudición y por su empeño en reunir, mediante la minuciosa exploración de archivos y bibliotecas de América y Europa, el mayor número de materiales y fuentes para “fabricar” la historia de Chile (Woll 1982; Gazmuri 2006: 41-51). Incardinados en un contexto social y generacional homogéneo, como era el de la “juventud afrancesada” de mediados del siglo XIX (Gazmuri 1999), estos padres fundadores de la historiografía chilena inauguraron una línea de interpretación política liberal (o, más exactamente, liberal-conservadora) de la historia republicana que permanecería vigente al menos hasta la década de 1920. Su puesta en cuestión, significativamente, vendrá dada desde opciones aún más conservadoras y nacionalistas a comienzos del siglo XX, de la mano de autores como Francisco Antonio Encina (1874-1965), Alberto Edwards Vives (1874-1932) y, algo más tarde, Jaime Eyzaguirre (1908-1968) (Jocelyn-Holt 2007: 47-54).

El punto de partida disciplinario de esta historiografía nacional chilena se sitúa en una serie de medidas de reforma e innovación educativo-cultural tomadas en la década de 1830. Entre ellas destacan especialmente la contratación del naturalista francés Claude (Claudio) Gay (1800-1873), debida a la iniciativa de Portales, con el encargo de componer una *Historia Física y Política de Chile (1844-1854)*, y, sobre todo la instalación en Santiago de Andrés Bello (1781-1865), el afamado polígrafo venezolano, que acabaría convirtiéndose, en 1842, en el primer rector de la Universidad de Chile. En el caso de Claude Gay, y aun no tratándose de un historiador en sentido estricto, su trabajo sí significó un primer esfuerzo de rigor metodológico en la reconstrucción del pasado chileno. En cierto modo Gay personifica el tránsito de una construcción espacio-natural de la nación, que recogía a su vez las tradiciones tardoilustradas de las expediciones científicas del XVIII, lo mismo que las corografías y los tratados de jesuitas como el Abate Molina y otros, a un discurso propiamente histórico de contornos científicos, muy influido por la popularidad de autores europeos contemporáneos como Barthold Georg Niebuhr (1776-1831) y François Guizot (1787-1874), entre otros. La *Historia* de Gay se presenta como empresa científica puesta al servicio del Estado, en la medida en que se inscribe en un despliegue retórico público destinado a legitimar el poder de la élite, y conforme al cual el investigador se transmuta en instrumento de la autoridad. Así, Gay reconstruye la trayectoria política e institucional de Chile tras la independencia, exaltando los méritos de sus actores prin-

cipales, y poniéndolos en relación con el desarrollo material y espiritual de la joven nación chilena (Mizón Morales 2001; Sagredo Baeza 2008; 2009: 49; 2010: 177-187).

Andrés Bello, amén de ocupar una serie de cargos de importancia en el naciente aparato administrativo de la República, ejerció desde un comienzo como maestro de la generación clave de los historiadores chilenos. Políticamente influido por el liberalismo moderado de impronta británica, Bello era sobre todo un apasionado del orden y se convirtió por ello en un utilísimo y muy convencido colaborador de los gobiernos “pelucones” (conservadores), en los que veía la solución política ideal para las necesidades del país (Collier 1989; Jaksic 2001; Brahm 2007). En este sentido, y con él como principal protagonista, el otro gran hito en la constitución disciplinaria de una historiografía nacional fue la fundación de la Universidad de Chile, en 1842.<sup>7</sup> La universidad, que inició sus actividades en 1843 bajo el amparo directo del Estado y en el entendimiento de su labor como un servicio eminentemente público, se impuso como objetivos no sólo la cualificación de los profesionales necesarios para el progreso del país, sino también el conocimiento sistemático de la Historia como medio de proyección hacia el futuro y fermento de un más fuerte sentimiento de nacionalidad (Serrano 1994). Resulta coherente en este contexto que el discurso inaugural del rector Bello abordase directamente el tema de la Historia y sus funciones, e incluyese una referencia laudatoria a la obra de Johannes Gottfried Herder (1744-1803):

Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia, y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra (Bello 1846: 150).

Ahora bien, el reconocimiento de la aportación intelectual del filósofo alemán resultaba inmediatamente relativizado en la medida que su enfoque filosófico era por sí mismo incapaz de proveer datos e informaciones que en el caso de Chile sencillamente aún no existían:

Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas sería pre-

7 La nueva fundación suponía una ruptura explícita con la tradición colonial encarnada en la extinta Real Universidad de San Felipe (fundada en 1747), la cual, habiendo perdido la denominación de “real” y con sus competencias sustancialmente mermadas (prohibición de expedir grados), había subsistido hasta 1839.

sentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos [...] (Bello 1846: 150-151).

La referencia a Herder introducida por el rector no era en absoluto casual. Al alemán se le conocía bien en Chile a través de la traducción francesa de Edgar Quinet. Y Bello era muy consciente de que el público al que se dirigía profesaba una gran admiración por la filosofía de la historia proveniente del continente europeo. Su ya prolongada vecindad en Santiago le permitía también saber que los jóvenes miembros de la Sociedad Literaria de 1842, Francisco Bilbao (1823-1865), Jacinto Chacón (1820-1893), José Victorino Lastarria (1817-1888) y varios universitarios más estaban estudiando esos mismos días con gran interés las *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad* del filósofo alemán.<sup>8</sup> Para Bello, experimentado en la instrumentalización política de controversias intelectuales, estaba meridianamente claro que el disenso trascendía en este caso una pura cuestión de modas. La importación de posiciones filosóficas procedentes de Francia y amplificadas bien desde los salones de la Sociedad Literaria de 1842, bien desde los medios impresos (*El Progreso*, *El Mercurio de Valparaíso*) en los que colaboraban exiliados rioplatenses como Domingo Faustino

8 Edgar Quinet (1803-1875), filósofo, publicista y político francés, había estudiado alemán con el objetivo expreso de poder llegar a leer sus *Ideas sobre la Filosofía de la Historia* (*Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, original alemán publicado entre 1784 y 1791), llegando a publicarlas, traducidas al francés por el mismo, en 1827. Sobre la recepción de Herder en Chile véanse Woll (1982: 41-43) y Stuvén (2000: 204). Además de Herder, los miembros de la Sociedad de 1842 leían a autores franceses como Victor Cousin (1792-1867) y Jules Michelet (1798-1874), y veían en los postulados de la filosofía de la historia no sólo una interesante aportación literaria, sino también una herramienta de transformación en el plano sociopolítico. José Victorino Lastarria refleja en sus *Recuerdos literarios* (Lastarria 2001) este ambiente de efervescencia intelectual, por mucho que su reconstrucción *ex post* (rememora a treinta años de distancia) tienda a la autoestilización y aún más a la exageración de las líneas de conflicto entre los jóvenes liberales que él lideraba y un supuesto *establishment* conservador encabezado por Bello. Para una caracterización más completa de las polémicas intelectuales y, en general, de las peculiaridades de la “opinión pública” del momento, pueden consultarse los trabajos de Subercaseaux (1997: 24-45) y Stuvén (2000: 66-87 y 95-119). Cristián Gazmuri, como preámbulo a su análisis del “48 chileno”, también trata de la cultura y de las ideas del periodo, comentando en detalle la recepción de bibliografía europea (Gazmuri 1999: 24-35).

Sarmiento (1811-1888) y Vicente Fidel López (1815-1903), implicaba la opción por un desplazamiento desde lo aceptado como propiamente histórico (“el pasado”, más o menos lejano) hacia lo social, es decir, hacia la más inmediata y controvertida realidad sociopolítica. Por lo demás, una lectura atenta de Herder tenía forzosamente que dejar al descubierto los límites de su aplicabilidad al proyecto de construcción nacional chilena, tal y como Bello entendía éste. Por un lado, es cierto que el sustrato providencialista de la filosofía de la historia la podía hacer muy asumible desde una perspectiva conservadora. Pero por otro, el organicismo antiestatal y *völkisch* de la idea de nación herderiana, lógicamente condicionada por el contexto político-cultural centroeuropeo (Barnard 1965: 68-71), resultaba altamente problemático para un proportaliano como Bello. Mientras el caraqueño ponía todas sus esperanzas en el papel del Estado como agente de modernización política “dentro de un orden”, y se implicaba consecuentemente en sus diversos aspectos legislativos, pedagógicos y publicísticos, los jóvenes liberales chilenos se dejaban llevar más bien por el impulso emancipador implícito en la creencia en “leyes históricas” de vigencia universal.

La forma en la que Bello, desde una posición de indudable autoridad, planteaba y resolvía el dilema “historia filosófica” vs. “historia documental” resulta muy esclarecedora acerca de cuáles eran las premisas de las que partía la nueva historia nacional chilena. La universidad proporcionaba por una parte un marco institucional y un abanico de posibilidades materiales de desenvolvimiento (composición de memorias históricas, certámenes, discursos, etc.). Al mismo tiempo, el desarrollo disciplinario dentro de la universidad exigía la aceptación de métodos y enfoques que respondían mucho más a las mentalidades de los grupos sociales dominantes que a las “aspiraciones específicas” de quienes comenzaban a cultivar el género historiográfico (Stuven 2000: 228).

Precisamente una actividad académica promovida y regulada estatutariamente desde la universidad<sup>9</sup>, como fue la primera presentación de una *memoria histórica*, sería el motivo desencadenante de la llamada “polémica

9 El artículo 28 de la Ley Universitaria del 19 de noviembre de 1842 reglamentaba minuciosamente las actividades que debían llevarse a cabo con motivo de la reunión anual de la universidad. La principal había de ser pronunciar “un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos y desenvolviendo su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad” “Ley orgánica del 19 de noviembre de 1842”, en: *Anales de la Universidad de Chile* (1843-1844) 1, p. 9.



historiográfica”, un –más o menos– agrio debate sobre la función y las características propias de una incipiente disciplina histórica, que se sustanció en sucesivos desencuentros intelectuales entre 1844 y 1848, y cuyos principales protagonistas fueron Andrés Bello, José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón (Stuven 2000: 221-250; Dager 2002; Jaksic 2004: 122-131).

Correspondiendo a una petición del propio Bello, Lastarria, activista liberal y miembro fundador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, presentó en septiembre de 1844 un ensayo de título verdaderamente provocador: *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, en el que se proponía demostrar que, si bien Chile había logrado la independencia de España en 1810, el país estaba dominado todavía por una mentalidad plenamente colonial, especialmente palpable en el desenvolvimiento de las instituciones políticas y culturales, y además que esta rémora bloqueaba el desarrollo de una verdadera “democracia”. En las *Investigaciones*, Lastarria recapitulaba trescientos años de dominación española y extraía la conclusión de que la Colonia había reducido Chile a una situación de virtual servidumbre histórica. En primer lugar lanzaba sus dardos contra las restricciones mercantiles impuestas desde Madrid y mostraba cómo éstas habían significado una barrera para el desarrollo económico del país. Pero además Lastarria se detenía en el análisis del trasfondo cultural de la política retardatoria y obstruccionista de los españoles, identificándolo como una mentalidad temerosa frente a la iniciativa individual y excesivamente confiada respecto al poder del gobierno. Formulando su crítica de esta manera, Lastarria se concentraba precisamente en aspectos característicos del sistema político portaliano, como la obsesión por el orden público y la desmovilización social, hasta el punto de mantener que la continuidad de las estructuras mentales coloniales había acabado desembocando en el mantenimiento de “instituciones políticas [...] calculadas para formar esclavos” (Lastarria 1868a: 67). Lastarria criticaba duramente la legislación colonial, pero aludía también a la estructura social que había perdurado en la República, a la persistencia de grupos sociales privilegiados y de “razas secundarias”, y denunciaba sin tapujos “la triste condición que hoy en día aflige a los cuatro quintos de nuestra nación” (75).

Metodológicamente, Lastarria planteaba la cuestión de la “utilidad social” de la Historia, y de en qué medida era posible practicar objetivamente una “historia contemporánea” (en el sentido de la *Zeitgeschichte* alemana). Lastarria contestaba afirmativamente, puesto que lo que le importaba era

la influencia de los “hechos” sobre la sociedad actual, y no sólo los “hechos” sin más. Buscaba, como practicante de la “filosofía de la historia”, el rasgo esencial y típico, con toda la selectividad metodológica que ello, necesariamente, implicaba. Y lo reconocía explícitamente: “No os presento, pues, la narración de los hechos, sino que me apodero de ellos para trazar su influencia en la sociedad a la que pertenecen” (Lastarria 1868a: 16). Apartándose demostrativamente del modelo de Historia *ad narrandum* encarnado por Bello, se enorgullecía de no ser uno de “aquellos historiadores que se limitan a narrar los acontecimientos [...] absteniéndose de apreciarlos” (18). El mayor riesgo, según Lastarria, es que si se considera la historia “como un simple testimonio de los hechos pasados, se comprime el corazón y el escepticismo llega a preocupar la mente, porque no se divisa entonces más que un cuadro de miserias y desastres” (9-10). En cambio, muy otro es el resultado cuando se la entiende como la ciencia “humana”,

entonces la filosofía nos muestra en medio de esa serie interminable de vicisitudes [...] una sabiduría profunda que la experiencia de los siglos ha ilustrado; una sabiduría cuyos consejos son infalibles, porque están apoyados en los sacrosantos preceptos de la ley a que el Omnipotente ajustó la organización de ese universo moral (Lastarria 1868a: 9-10).

Evidentemente, el discurso de Lastarria causó el impacto previsto y, si bien no directamente en la universidad, sí algunas semanas después, a través de los órganos de la prensa oficial controlados por Bello (*El Araucano*), hubo de afrontar una severísima crítica no tanto de sus juicios políticos implícitos cuanto de su metodología “generalizante” o “filosófica”. El rector se preocupó en comentar el trabajo del joven académico hasta en dos artículos aparecidos en *El Araucano* el 8 y 15 de noviembre de 1844. En ellos, Bello ponía sobre la mesa cuál era el núcleo de la discrepancia: la incompatibilidad de la formulación de leyes históricas de pretensión universal con el principio de individualidad historicista, plasmado en la fórmula rankeana según la cual “jede Epoche ist unmittelbar zu Gott”, o bien, en palabras del propio Bello, “las especialidades, las épocas, los lugares, los individuos, tienen atractivos particulares y encierran también provechosas lecciones” (1958: 159-160).

Con todo, la mayor preocupación de Bello era que la fervorosa denuncia del pasado colonial por parte de Lastarria, bastante exagerada en su opinión, pudiese tener efectos desestabilizadores sobre el orden político actual. Este temor estaba fundado en la experiencia, inmediatamente anterior (junio de 1844), del procesamiento de Francisco Bilbao, por las

opiniones expresadas en su *Sociabilidad chilena*, cuyo contenido coincidía en buena parte con el de los escritos de Lastarria (Stuven 2000: 251-282). Bilbao había ido algo más allá en su crítica, atacando con inusitada dureza a la Iglesia Católica, quintaesencia, en su opinión, del tradicionalismo institucional. Partía de la premisa de que la religión en su conjunto implicaba la negación de la libertad y acababa convirtiéndose en una barrera insalvable para el progreso de la humanidad. En términos políticos, la llamada a una crítica frontal de supuestas pervivencias coloniales chocaba tanto con los intereses científicos del propio Bello como con los intereses políticos del gobierno del presidente Manuel Bulnes. Agitar apasionadamente las banderas de la independencia debilitaba los esfuerzos del poder ejecutivo, de los que Bello se había convertido en agente, en pos de una reorientación de la política chilena desde el *pathos* anticolonial hacia la construcción pragmática –y desde parámetros claramente autoritarios– del Estado y la Nación.

La situación se repitió en términos similares tres años más tarde, cuando Lastarria presentó a la Facultad de Filosofía y Humanidades en julio de 1847 su “Bosquejo Histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la revolución”, centrado en la historia de la llamada “Patria vieja”, y en el que insistía en la cuestión de los “hábitos coloniales”. La nueva memoria era el único trabajo inscrito en el certamen convocado en tal año. En el “Bosquejo”, Lastarria se mostraba más prudente y acreditaba un uso más intensivo de las fuentes primarias, pero insistía de nuevo en su opción por el estudio de los “principios generales” antes que de los “hechos”, y seguía cultivando un franco antiespañolismo. El objeto inmediato del estudio era la recapitulación de aquellas ideas políticas que habían inspirado la creación y regido la acción de los primeros gobiernos del Chile republicano, una tarea intelectual que, según Lastarria, no se había emprendido hasta ese momento. A la postre, las instituciones liberales, no habían nacido “de los campos de batalla, sino del gabinete del legislador o del político, que echaban los cimientos de la República y combatían las preocupaciones y los intereses que se oponían a su pensamiento” (Lastarria 1868b: 162-163). Al estudiar la Constitución se podría apreciar “la civilización de aquella época, las ideas, los principios de los hombres que asistieron al nacimiento de esta República a que hoy pertenecemos” (162). En el fondo del asunto, el balance de Lastarria se presentaba casi tan descorazonador como en las *Investigaciones*, y respondía a una muy similar lógica política: la derrota infligida a los independentistas en 1814 y

la restauración del dominio colonial hasta 1818 había sido la consecuencia lógica de la inexistencia de actitudes y mentalidades emancipadoras, de la falta de un “espíritu de la sociedad” capaz de superar consecuentemente la subyugación por parte de los españoles:

No había pues un solo elemento de unidad, un solo interés, un solo principio que pudiera servir de centro a una mayoría respetable de prosélitos ardientes una vez que desapareciera de la sociedad el único vínculo que la ligaba a su metrópoli (Lastarria 1868b: 262).

En el mismo título del “Bosquejo” se intuye la opción de Lastarria por la “Historia Constitucional”, una suerte de Sociología *avant la lettre*, cuya misión era penetrar a fondo en el modo de ser de la sociedad y que tomaba en consideración, para poder juzgar los hechos, “el carácter de sus costumbres, creencias y convicciones de toda especie” (Lastarria 1868b: 153). En octubre, la comisión evaluadora, al margen de algunas objeciones, declaró a Lastarria acreedor al premio. La comisión reconoció que el trabajo era de bastante interés “y de no poco mérito en la forma con que lo ha desempeñado el autor”. Pero se abstuvo de pronunciarse sobre “la exactitud de los hechos que le han ayudado a fundar su doctrina”. Por lo que prefirió no manifestar nada sobre las razones que explicarían “el carácter y la tendencia de los partidos políticos que dividieron la república en los primeros tiempos de su existencia”. Para poder emitir una opinión de tal calibre era necesario, consideraba la comisión, “tener cabal idea de los actos que se han obrado bajo su dirección e influjo, y conocer de un modo asertivo el resultado práctico que esos actos han producido en la suerte de cosas” (159-160). Porque de lo contrario, se aducía, no podría confeccionarse una historia con un mínimo grado de verosimilitud. No es difícil reconocer entre las líneas del informe la influencia intelectual de Bello. De hecho estaba suscrito por dos discípulos suyos, Antonio Varas y Antonio García Reyes, este último autor de una de las memorias anuales ya premiadas y explícitamente elogiadas por el rector. Al concluir su dictamen, la comisión expresaba una convicción que resume bien las aspiraciones de la historia *ad narrandum* defendida por el caraqueño:

Sin ese conocimiento individual de los hechos, sin tener a la vista el cuadro en donde aparezcan de bulto los sucesos, las personas, las fechas y todo el tren material de la historia, no es posible trazar lineamientos generales sin exponerse a dar mucha cabida a teorías, y a desfigurar en parte la verdad de lo ocurrido [...] La Comisión se siente inclinada a desear que se emprendan, ante todo, trabajos destinados principalmente a poner en claro los hechos; la

teoría que ilustra esos hechos vendrá enseguida andando con paso firme sobre un terreno conocido (Lastarria 1868b: 160).

Jacinto Chacón, amigo de Lastarria y compañero en sus preocupaciones intelectuales, reaccionó contra el juicio emitido por la comisión informante. Su prólogo a la edición del texto de Lastarria, mucho más que el propio contenido del “Bosquejo”, desataría una nueva ronda de la polémica historiográfica en 1848, pues le interesó mostrar las ventajas de estudiar la “historia constitucional”, y enfatizó su aprecio por una investigación histórica abierta a la “luz que nos viene de Europa”, generada en los textos de Michelet o Cousin, y no plegada a los intereses políticos de la conservadora élite dirigente (Chacón 1868: 139-154).

Andrés Bello respondió al “Bosquejo” y en especial al prólogo de Chacón que tan directamente cuestionaba su visión de la investigación histórica (Chacón 1868: 139-154). Sobre lo sostenido por Lastarria escribió relativamente poco nuevo respecto a su réplica de 1844. El 7 de enero de 1848, en *El Araucano*, afirmaba que era:

[...] ventajosamente conocido por otras producciones literarias, que le colocaban entre los más distinguidos y laboriosos miembros de la Universidad y del Instituto Nacional. El presente no es el menos interesante de los trabajos que, desde la reorganización de la Universidad en 1843, han ilustrado la historia de Chile, y a que dio principio el señor Lastarria.

En cambio, su reacción a las críticas de Chacón, en dos artículos de carácter programático titulados “Modo de Escribir la Historia” y “Modo de Estudiar la Historia”, publicados en *El Araucano* entre enero y febrero de 1848, fue bastante menos conciliadora:

No se trata, pues, de saber si el método *ad probandum* es bueno o malo en sí mismo; ni sobre si el método *ad narrandum*, absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata sólo de saber si el método *ad probandum*, o más claro, el método que investiga el íntimo espíritu de los hechos de un pueblo, la idea que expresan, el porvenir a que caminan, es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir [...] Cada uno de los métodos tiene su lugar; cada uno es bueno a su tiempo; y también hay tiempos en que, según el juicio o talento del escritor, puede emplearse el uno o el otro. La cuestión es puramente de orden, de conveniencia relativa (Bello 1957: 231-233).

Al margen del posicionamiento metodológico claro en contra de la universalización de “leyes sociales”, Bello volvía a acudir, como en 1844, al argumento de la oportunidad, de la oportunidad disciplinaria, pero también de la oportunidad política, en el sentido de la conveniencia de no

alterar la estructura social que permitía la hegemonía de la clase dirigente. So pretexto de una discusión puramente intradisciplinaria, una suerte de *Methodenstreit*<sup>10</sup> austral, se estaban marcando las líneas no sólo de lo historiográficamente factible, sino, sobre todo, de lo sociopolíticamente deseable (Stuven 2000: 248-250). Bello creía que la forma de enfrentar la investigación histórica propugnada por Jacinto Chacón impediría obtener resultados perdurables en el sentido de la forja cultural de una nueva nación chilena. Y, en el presente, el implícito compromiso ideológico de la indagación histórica amenazaba con favorecer el reinado de la anarquía al postular una ruptura radical con la tradición hispánica:

Nuestra juventud ha tomado con ansia el estudio de la historia; acabamos de ver pruebas brillantes de sus adelantamientos en ella; y quisiéramos que se penetrara bien de la verdadera misión de la historia para estudiarla con fruto. Quisiéramos sobre todo precaverla de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa. Es una especie de fatalidad la que subyuga las naciones que empiezan a las que las han precedido. Grecia avasalló a Roma; Grecia y Roma a los pueblos modernos de Europa, cuando en ésta se restauraron las letras; y nosotros somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de la Europa, a quien, al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces, debiéramos imitar en la independencia del pensamiento. Es preciso [...] no dar demasiado valor a nomenclaturas filosóficas; generalizaciones que dicen poco o nada por sí mismas al que no ha contemplado la naturaleza viviente en las pinturas de la historia, y, si ser puede, en los historiadores primitivos y originales. No hablamos aquí de nuestra historia solamente, sino de todas. ¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa (Bello 1957: 250-251).

La referencia directa a las fuentes originales de la época colonial ha de entenderse no sólo como crítica velada a la historiografía extranjera anclada

10 *Methodenstreit* es la denominación genérica para un conjunto de discusiones metodológicas generadas en las ciencias sociales en el espacio lingüístico alemán durante el siglo XIX y continuadas en diversas variantes hasta bien entrado el siglo XX. Incluye entre otras la llamada “disputa del juicio de valor” (*Werturteilstreit*), y también la tradicional dicotomía entre investigación cuantitativa e investigación cualitativa en la sociología.

en los estereotipos de la leyenda negra antiespañola. También posee una dimensión política: Bello nunca deseó una ruptura total entre el orden ideal e institucional de la Colonia y el nuevo régimen republicano. Un intelectual moderado como él no podía pasar de largo sobre los indudables peligros que, desde su perspectiva, entrañaba una construcción social completamente exenta de elementos tradicionales. Los partidarios de la “historia filosófica”, y aquí concretamente Lastarria y Chacón, favorecerían por el contrario la consecución del cambio y el progreso mediante el completo desmontaje de las estructuras coloniales. Bello prefería la opción de reedificarlas pacientemente para garantizar un sistema político sólido y perdurable, desechando lo caduco, pero conservando aquello que fuese prudente conservar. En medio de esta disyuntiva, Bello incorporaba una posición eminentemente gradualista, que lo emparenta con el liberalismo inglés, pero también con los diagnósticos histórico-políticos formulados en la misma época por Alexis de Tocqueville para Francia y los Estados Unidos. No obstante, con independencia de este conflicto estructural de fondo, de alcance universal tras 1789, tanto Bello como Lastarria y Chacón estaban buscando respuestas, de manera ciertamente distinta, a cuestiones bastante similares. Se trataba de contribuir a la “creación”, “invención” o “imaginación”, del Estado-nación.<sup>11</sup> El rechazo frontal al pasado hispánico, en el caso de Lastarria y Chacón, implicaba la necesidad de crear tradiciones *ex novo* que dotasen de legitimidad a las instituciones recién fundadas. Bello, al defender la recuperación, el “re-procesado” ideal de la Colonia en sus aspectos más positivos, perseguía el mismo fin, por mucho que su apariencia, tanto más en el contexto de un conflicto genuinamente intergeneracional, fuese la del puro continuismo.

La polémica historiográfica acabó resolviéndose, en opinión casi unánime de los contemporáneos, en beneficio del paradigma de historia *ad narrandum* defendido por Bello. Barros Arana llegaría a hablar de “un triunfo arrollador” cosechado por el caraqueño (1905: 448). Desde el punto de vista del canon cultural chileno, y a pesar de la autoestilización y las protestas incluidas posteriormente en sus *Recuerdos literarios*, Lastarria quedó fácticamente expulsado del panteón de la historiografía nacional, y se tuvo que conformar, a pesar de haber escrito sobre historia tanto o más que Bello, con el papel de mero “literato”. Pero más allá del protagonismo

11 Sobre la cuestión véanse Hobsbawm/Ranger (1983); Anderson (1983); Guerra/Quijada (1994); Annino/Guerra (2003); Castro-Klarén/Chasteen (2003); Miller (2006).

individual, la forma en que se cerró el debate es característica respecto a la orientación que había de tomar la historiografía nacional chilena en lo sucesivo. En primer lugar, los sucesores de Bello en el papel de guardianes de la investigación histórica seria y rigurosamente documentada, es decir, los Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna, no fueron esencialmente mucho más conservadores en sus planteamientos culturales que Lastarria o Chacón, pero sí, con seguridad, bastante más nacionalistas. En lo social, la interiorización por parte de los historiadores de la metáfora portaliana de “el peso de la noche” los colocó automáticamente del lado de la élite gobernante y los hizo partícipes de la concepción legalista del orden político que, asociada a una tradición de absorción e instrumentalización de las expresiones ciudadanas por parte del poder estatal, tan negativamente ha incidido sobre la posibilidad del surgimiento y desarrollo en Chile de una sociedad civil fuerte (Jocelyn-Holt 1999; Portales 2004; Salazar 2006; Sanhueza Cerda 2007).

En segundo lugar, la integración del pasado colonial en un discurso identitario de cuño conservador implicó ciertamente no sólo la revalorización de los elementos españoles de la identidad chilena sino también, dialécticamente, la devaluación, cuando no la directa exclusión del elemento indígena (Yaeger 2009: 131-132). El discurso originalmente positivo sobre la Araucanía y sus habitantes, sustanciado durante la fase fundacional de la República en una suerte de “filoindigenismo” retórico y simbólico, fue dando paso, aceleradamente a partir del periodo 1840-1855, a la práctica de la denigración verbal, la discriminación y, finalmente, la liquidación física de los mapuches (Pinto 2000; Gallardo Porras 2001; Earle 2008).

Finalmente, el hecho de que la construcción del sujeto histórico “nación” se verificase, como hemos podido constatar a partir de los juicios de Andrés Bello, en clave de oportunidad tanto disciplinaria como política, redujo la historiografía nacional chilena al estatus de ciencia de legitimación del Estado. Concentrada en su función suministradora de identidad colectiva mediante la inoculación de valores nacionales unívocos y en buena parte excluyentes (tanto desde su inserción en el sistema educativo como a través de la intervención de sus representantes en la esfera pública),



la constitución de la Historia como *disciplina*, en el sentido más estricto y etimológico, se operó ciertamente en detrimento de su potencial emancipador e *ilustrado*.<sup>12</sup>

## Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- ANNINO, Antonio/GUERRA, Francois-Xavier (eds.) (2003): *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- BARNARD, Frederick M. (1965): *Herder's Social and Political Thought: From Enlightenment to Nationalism*. Oxford: Clarendon Press.
- BARROS ARANA, Diego (1905): *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Universitaria.
- BELLO, Andrés (1846): "Discurso pronunciado por el Señor Rector de la Universidad Don Andrés Bello en la Inauguración de este Cuerpo el día 17 de septiembre de 1843". En: *Anales de la Universidad de Chile*, 1, pp. 139-152.
- (1957): "Modo de estudiar la historia". En: *Obras Completas*, vol. 19. Caracas: Ministerio de Educación, pp. 243-252.
- (1958): *Obras completas*, vol. 10. Caracas: Comisión editora de las obras completas de Andrés Bello y Fundación la Casa de Bello.
- BENGOA, José (ed.) (2004): *La memoria olvidada. Historia de los pueblos indígenas de Chile*. Santiago de Chile: Presidencia de la República.
- BLANKE, Horst Walter/RÜSEN, Jörg (eds.) (1984): *Von der Aufklärung zum Historismus. Zum Strukturwandel des historischen Denkens*. Paderborn: Schöningh.
- BRAHM, Enrique (2007): *Mariano Egaña. Derecho y política en la fundación de la república conservadora*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario.
- BRAVO LIRA, Bernardino (1985): *De Portales a Pinochet. Gobierno y régimen de gobierno en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile Andrés Bello.
- CARRILLO ZEITER, Katja (2011): *Die Erfindung einer Nationalliteratur. Die Literaturgeschichten Chiles und Argentinien. 1860-1920*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- CARVALLO Y GOYENECHÉ (1861): *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.
- CASTRO-KLARÉN, Sara/CHASTEEN, John Charles (eds.) (2003): *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson Center Press.
- CHACÓN, Jacinto (1868): "Prólogo a la primera edición". En: Lastarria, José Victorino: *Miscelánea histórica y literaria*. Valparaíso: Imprenta de la Patria, pp. 139-154.

12 Sobre las implicaciones del binomio *Disziplin/Aufklärung* en la historia y en la práctica de la historiografía véase Kocka (1989: 140-159); más en general Reill (1975) y Blanke/Rüsen (1984).

- COLLIER, Simon (1967): *Ideas and Politics of Chilean Independence. 1808-1833*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1989): “Gobierno y sociedad en Chile durante la ‘República conservadora’ 1830-1865”. En: *Boletín del Instituto Ravignani*, 1, pp. 115-126.
- (1993): “From Independence to the War of the Pacific”. En: Bethell, Leslie M. (ed.): *Chile Since Independence*. Cambridge/New York: Cambridge University Press, pp. 1-31.
- (2003): *The Making of a Republic, 1830-1865: Politics and Ideas*. Cambridge: Cambridge University Press.
- COLLIER, Simon/SATER, William F. (2004): *A History of Chile. 1808-2002*. Cambridge: Cambridge University Press (ampliación de la primera edición de 1996).
- COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.) (2005): *Relatos de la nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. 2 vols. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- DAGER ALVA, Joseph (2002): “El debate en torno al método historiográfico en el Chile del siglo XIX”. En: *Revista Complutense de Historia de América*, 28, pp. 97-138.
- EARLE, Rebecca (2008): *The Return of the Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*. Durham: Duke University Press.
- GALLARDO PORRAS, Viviana (2001): “Héroes indómitos, bárbaros y ciudadanos chilenos: el discurso sobre el indio en la construcción de la identidad nacional”. En: *Revista de Historia Indígena*, 5, pp. 119-134.
- GAY, Claudio (1844-1854): *Historia física y política de Chile*. 8 vols. Paris/Santiago de Chile: Casa del autor/Museo de Historia Natural.
- GAZMURI, Cristián (1999): *El ‘48’ chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- (2006): *La historiografía chilena (1842-1970)*. Santiago de Chile: Taurus/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz (2002): *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- GUERRA, François-Xavier/QUIJADA, Mónica (1994): *Imaginar la nación*. Münster: Lit.
- HENRÍQUEZ, Camilo (1960): “Sermón en la instalación del Primer Congreso Nacional de Chile”. En: Silva Castro, Raúl (ed.): *Escritos políticos de Camilo Henríquez*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, pp. 50-59.
- HOBBSBAWM, Eric J./RANGER, Terence (ed.) (1983): *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- JAKSIC, Iván (2001): *Andrés Bello: Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2004): “Andrés Bello y la prensa chilena, 1829-1844”. En: Alonso, Paula (comp.): *Construcciones impresas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 107-137.
- JOCelyn-HOLT, Alfredo (1992): *La Independencia de Chile: tradición, modernización y mito*. Madrid: Mapfre.

- (1999): *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago de Chile: Planeta Chilena.
- (2005): “¿Un proyecto nacional exitoso? La supuesta excepcionalidad chilena”. En: Colom González, Francisco (ed.): *Relatos de la nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Tomo 1. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 417-438.
- (2007): “Balance historiográfico y una primera aproximación al canon”. En: Mussy Roa, Luis G. de (ed.): *Balance historiográfico chileno*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Finis Terrae, pp. 31-74.
- KINSBRUNER, Jay (1967): *Diego Portales: Interpretative Essays on the Man and Times*. Den Haag: Martinus Nijhoff.
- KOCKA, Jürgen (1989): *Geschichte und Aufklärung*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- KREBS, Ricardo (1984): “Orígenes de la conciencia nacional chilena”. En: Buisson, Inge/Kahle, Günter et al. (eds.): *Problemas de la formación del Estado y la nación en Hispanoamérica*. Köln: Böhlau, pp. 107-125.
- LASTARRIA, José Victorino (1868a): “Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile”. En: Lastarria, José Victorino: *Miscelánea histórica y literaria*. Tomo I. Valparaíso: Imprenta de la Patria, pp. 3-136.
- (1868b): “Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución, desde 1810 hasta 1814”. En: Lastarria, José Victorino: *Miscelánea histórica y literaria*. Tomo I. Valparaíso: Imprenta de la Patria, pp. 137-266.
- (2001): *Recuerdos literarios*. Santiago de Chile: Ediciones LOM.
- LEERSEN, Joep (2006): *National Thought in Europe. A Cultural History*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- MATTIOLI, Aram (1996): “Geschichte als nationale Legitimationswissenschaft. Der schweizerisch-deutsche Gelehrtenstreit um die Hochrheingrenze”. En: *Westfälische Forschungen*, 46, pp. 186-209.
- MILLER, Nicola (2006): “The Historiography of Nationalism and National Identity in Latin America”. En: *Nations and Nationalism*, 12, 2, pp. 201-222.
- MIZÓN MORALES, Luis (2001): *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- MOLINA, Juan Ignacio (1788-1795): *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile, escrito en italiano por don Juan Ignacio Molina*. Traducida en español por Domingo Joseph de Arquellada Mendoza. Madrid: Antonio de Sancha.
- PÉREZ GARCÍA, José (1861): *Historia natural, militar, civil y sagrada del Reino de Chile en su descubrimiento, conquista, gobierno, población, predicación evangélica, erección de catedrales y pacificación*. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.
- PINTO, Jorge (2000): *De la inclusión a la exclusión. La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche*. Santiago de Chile: Dibam.
- PORTALES, Felipe (2004): *Los mitos de la democracia chilena*. Santiago de Chile: Catalonia.
- REILL, Peter Hans (1975): *The German Enlightenment and the Rise of Historicism*. Berkeley: University of California Press.
- SAGREDO BAEZA, Rafael Luis (2008): “‘Chile’: de ‘finis terrae imperial’ a ‘copia feliz del

- Edén autoritario”. En: Chiaramonte, José Carlos/Marichal, Carlos/Granados, Aimer (eds.): *Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 41-67.
- (2009): “Geografía y nación. Claudio Gay y la primera representación cartográfica de Chile”. En: *Estudios geográficos*, 70, 266, pp. 231-267.
- (2010): “Ciencia, historia y arte como política. El Estado y la Historia Física y política de Chile de Claudio Gay”. En: Sagredo Baeza, Rafael (ed.): *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, pp. 165-233.
- SALAZAR VERGARA, Gabriel (2006): *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los “pueblos”, militarismo ciudadano, golpismo oligárquico*. Santiago de Chile: Sudamericana.
- SAN FRANCISCO, Alejandro (2009): “La excepción honrosa de paz y estabilidad, de orden y libertad. La autoimagen política de Chile en el siglo XIX”. En: San Francisco, Alejandro/Cid, Gabriel (eds.): *Nación y Nacionalismo en Chile. Siglo XIX*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, pp. 55-84.
- SANHUEZA CERDA, Carlos (2007): “La identidad chilena hacia el bicentenario: ¿El peso de la noche o el peso de una interpretación?”. En: Parentini, Luis Carlos (ed.): *Los historiadores chilenos frente al bicentenario*. Santiago de Chile: Comisión Bicentenario, pp. 465-468.
- SCHNEUER, María José (2004): “Visión del caos americano y del orden chileno”. En: Soto, Angel (ed.): *Entre tintas y plumas. Historias de la prensa chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile: Universidad de los Andes, pp. 45-77.
- SERRANO, Sol (1994): *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*. Colección Imagen de Chile. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- STUVEN, Ana María (2000): *La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Católica de Chile.
- SUBERCASEAUX, Bernardo (1997): *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- VILLALOBOS, Sergio (2005<sup>4</sup>): *Portales, una falsificación histórica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- WOLL, Allen (1982): *A Functional Past: The Uses of History in Nineteenth-Century Chile*. Baton Rouge/London: Louisiana University Press.
- YAEGER, Gertrude (2009): “Sobrellevar el pasado español. Liberalismo hispanoamericano y la carga de la historia colonial en el siglo XIX: el caso chileno. En: San Francisco, Alejandro/Cid, Gabriel (eds.): *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, pp. 117-136.